

Franz Kafka

# Carta al Padre

Franz Kafka

Carta al Padre

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE  
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# CARTA AL PADRE

FRANZ KAFKA

PUBLICADO: 1919  
FUENTE: WIKISOURCE.ORG  
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

# CARTA AL PADRE

## FRANZ KAFKA

Queridísimo padre,

Hace poco me preguntaste por qué decía que te tenía miedo. Como de costumbre, no supe cómo responderte, en parte por el miedo que te tengo y en parte porque hay demasiados detalles individuales que justifican este miedo para que yo pueda mantenerlos medianamente unidos al hablar. Y si intento responderte aquí por escrito, sólo será muy incompleto, porque el miedo y sus consecuencias también me impiden escribirte y porque el tamaño del asunto va mucho más allá de mi memoria y mi comprensión.

El asunto siempre te ha parecido muy sencillo, al menos por lo que me has hablado de él a mí y, sin elegir, a muchos otros. Te parecía algo así: Has trabajado duro toda tu vida, lo has sacrificado todo por tus hijos, especialmente por mí, gracias a lo cual he vivido “en esplendor”, he tenido plena libertad para aprender lo que quisiera, no he tenido motivos para preocuparme por la comida, es decir, para preocuparme en absoluto; no has exigido gratitud por ello, ya sabes “la gratitud de los niños”, sino al menos algún tipo de concesión, signos de compasión; en cambio, yo siempre me he escondido de ti, en mi habitación, a los libros, a los amigos locos, a las ideas exageradas; Nunca te he hablado abiertamente, en el

templo, eso es un deber de niño Quería escribir tales explicaciones Milena, pero no me atrevo a leer la carta de nuevo, lo principal sigue siendo comprensible, no fui a verte, nunca te visité en Franzensbad, nunca te visité en Franzensbad, ni tuve otro sentido de la familia, no me ocupé del negocio ni de tus otros asuntos, te cargué con la fábrica y luego te abandoné, apoyé a Ottla en su terquedad y mientras no muevo un dedo por ti (ni siquiera te traigo un ticket de té) lo hago todo por los extraños. Si resumes tu juicio sobre mí, resulta que no me acusas de nada francamente indecente o malvado (con la posible excepción de mi última intención de casarme), sino de frialdad, extrañeza e ingratitud. Y me acusas de ello como si fuera culpa mía, como si yo hubiera podido arreglarlo todo de otro modo con un giro de volante, mientras que tú no tienes la menor culpa de ello, a menos que fuera que fuiste demasiado bueno conmigo.

Sólo considero correcta tu descripción habitual en la medida en que también creo que tú estás completamente libre de culpa por nuestro distanciamiento. Pero yo soy igual de inocente. Si consiguiera que lo reconocieras, entonces... no sería posible una nueva vida, ambos somos demasiado viejos para eso, sino una especie de paz, no un cese, sino una disminución de tus incesantes reproches.

Por extraño que parezca, tienes alguna idea de lo que quiero decirte. Por ejemplo, hace poco me dijiste: “ “Siempre me has caído bien, aunque exteriormente no fuera tan amable contigo como suelen serlo otros padres, precisamente porque no puedo fingir como los demás””. Ahora bien, Padre, en general nunca he dudado de tu amabilidad hacia mí, pero creo que esta observación es incorrecta. No puedes fingir, eso es cierto, pero afirmar que los demás padres fingen sólo por esta razón es, o bien un mero dogmatismo que no admite más discusión, o bien -y en mi opinión lo es realmente- una expresión velada de que algo va mal entre nosotros y de que tú eres en parte responsable de ello, pero no culpable. Si eso es lo que realmente quieres decir, entonces estamos de acuerdo.

Por supuesto, no estoy diciendo que me haya convertido en lo que soy sólo por tu influencia. Eso sería una gran exageración (e

incluso tiendo a exagerar.) Es muy posible que, aunque hubiera crecido completamente libre de tu influencia, no hubiera sido capaz de convertirme en una persona conforme a tu corazón. Probablemente me habría convertido en una persona débil, tímida, vacilante e inquieta, ni Robert Kafka ni Karl Hermann, sino bastante diferente de lo que soy en realidad, y nos habríamos llevado muy bien. Me habría encantado tenerte como amigo, como jefe, como tío, como abuelo, incluso (aunque con más dudas) como suegro. Pero como padre eras demasiado fuerte para mí, sobre todo porque mis hermanos murieron jóvenes y mis hermanas llegaron mucho después, así que tuve que soportar el primer golpe yo sola, era demasiado débil para eso. Compáranos a los dos: yo soy, por decirlo brevemente, un Löwy con cierta pulsión kafkiana, que, sin embargo, no se pone en marcha por la voluntad de Kafka de vivir, de hacer negocios, de conquistar, sino por un agujijón löwyano que trabaja más secretamente, más tímidamente, en otra dirección y que a menudo deja de funcionar del todo. Tú, en cambio, eres un auténtico Kafka en fuerza, salud, apetito, potencia vocal, don de palabra, autosatisfacción, superioridad mundana, resistencia, presencia de ánimo, conocimiento de la naturaleza humana, cierta generosidad, naturalmente también con todos los defectos y debilidades propios de estas cualidades, en los que te precipitan tu temperamento y a veces tu irascibilidad. Quizá no seas del todo Kafka en tu visión general del mundo, por lo que puedo compararte con el tío Philipp, Ludwig y Heinrich. Es extraño, yo tampoco lo veo claro. Todos ellos eran más alegres, más frescos, más relajados, más desenvueltos, menos estrictos que tú. (Por cierto, yo heredé mucho de ti en este sentido y gestioné mi herencia demasiado bien, pero sin tener los contrapesos necesarios en mi naturaleza que tú tienes). Pero, por otra parte, tú también has pasado por épocas diferentes a este respecto, quizá eras más feliz antes de que tus hijos, sobre todo yo, te decepcionaran y te deprimieran en casa (cuando llegaban los extraños, eras diferente) y quizá has vuelto a ser más feliz ahora que tus nietos y tu yerno te dan algo del calor que tus hijos, aparte de Valli quizá, no fueron capaces de darte. En cualquier caso, éramos tan diferentes y, en esta diferencia, tan peligrosos el uno para el otro, que si uno hubiera querido calcular de

antemano cómo me relacionaría yo, el niño que se desarrollaba lentamente, y tú, el hombre acabado, podría haber supuesto que simplemente me aplastarías, que no quedaría nada de mí. Eso no ha ocurrido ahora, los vivos no pueden calcularse, pero tal vez hayan ocurrido más problemas. Sin embargo, siempre te pido que no olvides que nunca he creído ni remotamente en ninguna culpa por tu parte. Tuviste en mí el efecto que tenías que tener, sólo que deberías dejar de pensar que fue una malicia especial por mi parte el que yo sucumbiera a este efecto. Era una niña ansiosa, aunque ciertamente era testaruda, como lo son los niños, y mi madre ciertamente me mimaba, pero no puedo creer que fuera especialmente difícil de controlar, no puedo creer que una palabra amable, un apretón de manos tranquilo, una buena mirada no hubieran podido exigir todo lo que quería. Ahora bien, eres básicamente una persona amable y blanda (lo que sigue no lo contradice, sólo hablo de la forma en que te presentabas ante el niño), pero no todos los niños tienen la perseverancia y la intrepidez de buscar hasta que llega la amabilidad. Sólo puedes tratar a un niño como tú mismo estás hecho para hacerlo, con fuerza, ruido e irascibilidad, y en este caso esto también te pareció muy adecuado porque querías criar en mí a un niño fuerte y valiente

Por supuesto, hoy no puedo describir directamente tus métodos de educación en los primeros años, pero puedo imaginarlos por inferencia a partir de los años posteriores y de tu trato con Félix. Esto se ve agravado por el hecho de que entonces eras más joven y, por tanto, más fresco, más salvaje, más original, incluso más despreocupado que hoy, y de que también estabas completamente atado al negocio, apenas podías mostrarte ante mí una vez al día y, por tanto, me causabas una impresión aún más profunda, que apenas se aplanaba en la habituación.

Sólo recuerdo directamente un incidente de los primeros años, que quizá tú también recuerdes. Una vez no paraba de lloriquear pidiendo agua por la noche, ciertamente no por sed, sino probablemente en parte para molestar y en parte para divertirme. Después de que algunas fuertes amenazas no sirvieran de nada, me sacaste de la cama, me llevaste al pabellón y me dejaste allí de pie, sola, delante de la puerta cerrada, en camiseta, durante un rato.

No quiero decir que esto estuviera mal, tal vez realmente no había otra forma de dormir bien en aquel momento, pero quiero utilizarlo para caracterizar tus métodos educativos y su efecto en mí. Probablemente fui obediente en aquel momento, pero sufrí daños internos a consecuencia de ello. Nunca fui capaz de establecer la conexión correcta entre la petición insensata de agua, que yo daba por sentada, y la experiencia extraordinariamente terrible de ser llevado a cabo. Años más tarde seguía sufriendo por la agonizante idea de que aquel hombre enorme, mi padre, pudiera llegar el último recurso casi sin motivo y sacarme de la cama a la acera por la noche y que yo fuera tan poca cosa para él.

Eso fue sólo un pequeño comienzo en aquel momento, pero este sentimiento de nada que a menudo me dominaba (un sentimiento noble y fructífero en otros aspectos, sin embargo) proviene a menudo de su influencia. Me habría venido bien un poco de ánimo, un poco de amabilidad, un poco de mantener abierto mi camino, pero en lugar de eso me dejaste claro, con buena intención por supuesto, que debía tomar un camino diferente. Pero eso no se me daba bien. Me animabas, por ejemplo, cuando saludaba y marchaba bien, pero yo no era un futuro soldado, o me animabas cuando podía comer con ganas e incluso beber cerveza, o cuando podía cantar canciones que no entendía o repetir como un loro tus dichos favoritos, pero nada de eso formaba parte de mi futuro. Y es significativo que incluso hoy sólo me animes de verdad cuando tú misma te ves afectada, cuando es tu sentido de ti misma el que yo hiero (por ejemplo, con mi intención de casarme) o el que se hiere en mí (por ejemplo, cuando Pepa me insulta). Entonces se me anima, se me recuerda mi valía, se me hace consciente de los juegos a los que tendría derecho a jugar y Pepa queda totalmente condenada. Pero, aparte del hecho de que a mi edad actual soy casi inaccesible a los ánimos, ¿de qué me servirían si sólo llegaran cuando no se trata principalmente de mí?

Habría necesitado ánimos entonces y en todas partes. Ya me deprimía tu mero físico. Recuerdo, por ejemplo, cómo a menudo nos desnudábamos juntos en un cubículo. Yo era flaca, débil y estrecha, tú eras fuerte, alto y ancho. Incluso en el cubículo me sentía patética, no sólo ante ti, sino ante el mundo entero, porque tú eras



para mí la medida de todas las cosas. Pero cuando salíamos de la cabina delante de la gente, yo cogida de tu mano, un pequeño esqueleto, inestable, descalza sobre los tablones, temerosa del agua, incapaz de imitar tus movimientos de natación, que me demostrabas constantemente con buenas intenciones, pero en realidad para mi profunda vergüenza, entonces me sentía muy desesperada y todas mis malas experiencias en todos los ámbitos se unían magníficamente en esos momentos. Me sentía mejor cuando a veces tú te desnudabas primero y yo podía quedarme sola en el cubículo y retrasar la vergüenza de aparecer en público hasta que por fin venías a mirar y me sacabas del cubículo. Te agradecía que no parecieras darte cuenta de mi angustia y me sentía orgullosa del cuerpo de mi padre. Por cierto, esta diferencia sigue existiendo hoy entre nosotros.

Tu supremacía espiritual también correspondía a esto. Habías llegado tan alto sólo por tu propio esfuerzo y, como resultado, tenías una confianza ilimitada en tu opinión. Eso ni siquiera era tan deslumbrante para mí de niño como lo fue más tarde para el joven que crecía. Gobernabas el mundo desde tu sillón. Tu opinión era correcta, todas las demás opiniones eran locas, locas, locas, no normales. Tu confianza en ti mismo era tan grande que no tenías que ser consecuente y, sin embargo, nunca dejabas de tener razón. También podía ocurrir que no tuvieras ninguna opinión sobre un asunto y, en consecuencia, todas las opiniones que fueran siquiera posibles respecto a ese asunto tenían que ser erróneas sin excepción. Por ejemplo, podías reprender a los checos, luego a los alemanes, luego a los judíos, y no sólo en una selección, sino en todos los aspectos, y al final no quedaba nadie más que tú. Para mí, tenías esa misteriosa cualidad que tienen todos los tiranos, cuyo derecho se basa en su persona, no en su pensamiento. Al menos así me lo parecía a mí.

Ahora bien, en realidad tenías razón sobre mí con una frecuencia sorprendente, en la conversación que era evidente, porque apenas había conversación, pero también en la realidad. Pero incluso eso no era nada especialmente incomprensible. Estaba bajo tu fuerte presión en todos mis pensamientos, incluso en los que no coincidían con los tuyos y especialmente en esto. Todos estos pensamientos,

aparentemente independientes de ti, estaban cargados desde el principio con tu juicio negativo; era casi imposible soportarlo hasta que el pensamiento se realizaba plena y permanentemente. No me refiero aquí a ningún pensamiento elevado, sino a cualquier pequeño esfuerzo de la infancia. Sólo tenías que alegrarte por algo, sentirte realizada por ello, llegar a casa y decirlo y la respuesta era un suspiro irónico, un movimiento de cabeza, un golpe en la mesa: “He visto algo más bonito” o “Me he enterado de tus preocupaciones” o “No tengo la cabeza tan tranquila” o “¡Ningún acontecimiento!” o “¡Cómprate algo para ello!”. Por supuesto, no se podía esperar que te entusiasmaras con cualquier chiquillada si vivías preocupado y atormentado. Tampoco se trataba de eso. Se trataba más bien de que siempre y en todo momento tenías que causar tales decepciones al niño en virtud de tu naturaleza contraria, y de que esta oposición se veía constantemente reforzada por la acumulación de material, de modo que al final se hizo habitual cuando eras de la misma opinión que yo, y de que finalmente estas decepciones del niño no eran decepciones de la vida ordinaria, sino que, puesto que se trataba de tu persona, que era decisiva para todo, daban en el núcleo. El valor, la determinación, la confianza, la alegría en esto y aquello no duraban hasta el final si estabas en contra o incluso si tu oposición podía ser simplemente aceptada; y podía ser aceptada en casi todo lo que hacía.

Esto se aplicaba tanto a los pensamientos como a las personas. Bastaba que tuviera un poco de interés por una persona -no ocurría muy a menudo debido a mi naturaleza- para que empezaras a insultarme, calumniarme y degradarme sin ninguna consideración por mis sentimientos ni respeto por mi juicio. Personas inocentes e infantiles, como el actor yiddish Löwy, tuvieron que pagar por ello. Sin conocerle, le comparaste con alimañas de una forma terrible que ya he olvidado, y como tan a menudo con las personas que me eran queridas, automáticamente tenías a mano el proverbio sobre perros y pulgas. Recuerdo al actor en particular porque tomé nota de lo que dijiste de él entonces con el comentario: “Mi padre sólo habla así de mi amigo (al que ni siquiera conoce) porque es mi amigo”. Siempre podré decirle eso cuando me acuse de falta de amor y gratitud infantiles”. Siempre me pareció incomprensible tu total

insensibilidad ante el sufrimiento y la vergüenza que eras capaz de infligirme con tus palabras; era como si no tuvieras ni idea de tu poder. Yo también debí ofenderte a menudo con palabras, pero entonces siempre lo supe, me dolía, pero no podía controlarme, no podía contener la palabra, me arrepentía incluso mientras la decía. Pero golpeabas con tus palabras sin más, no sentías pena por nadie, ni durante, ni después, estaban completamente indefensos ante ti.

Pero así fue toda tu educación. Creo que tienes talento para la educación; sin duda podrías haber ayudado a una persona de tu clase mediante la educación; se habría dado cuenta de lo razonable de lo que le decías, no le habría importado nada más y habría llevado las cosas con calma. Para mí, de niño, todo lo que me decías era casi un mandamiento del cielo, nunca lo olvidé, seguía siendo el medio más importante para juzgar el mundo, sobre todo para juzgarte a ti mismo, y ahí fracasaste completamente. Como de niño estaba contigo sobre todo a la hora de comer, tus lecciones eran en gran parte lecciones de comportamiento correcto en la mesa. Lo que se ponía en la mesa había que comerlo, no se podía discutir la bondad de la comida... pero a menudo encontrabas<sup>[1]</sup> la comida incomible, la llamabas “la comida”, el “ganado” (el cocinero) la había echado a perder. Como comías todo deprisa, caliente y a grandes bocados, de acuerdo con tu fuerte hambre y tu preferencia particular, el niño tenía que darse prisa, había un silencio lúgubre en la mesa, interrumpido por amonestaciones: “come primero, luego habla” o “más deprisa, más deprisa” o “ya ves, ya he comido”. No se te permitía morder huesos. No se te permitía sorber vinagre, sí. Lo principal era cortar el pan recto; pero no importaba que lo hicieras con un cuchillo chorreante de salsa. Tenías que tener cuidado de que no cayeran sobras al suelo, al fin y al cabo, la mayor parte de la comida estaba debajo de ti. En la mesa sólo podías ocuparte de la comida, pero te limpiabas y cortabas las uñas, sacabas punta a los lápices y te limpiabas las orejas con un palillo. Por favor, Padre, entiéndeme bien, éstos habrían sido detalles completamente insignificantes en sí mismos, pero sólo se volvieron deprimentes para mí porque tú, la persona que era tan enormemente importante para mí, no cumplías los mandamientos

que me imponías. Esto dividía el mundo para mí en tres partes, una en la que yo, el esclavo, vivía bajo unas leyes que se habían inventado sólo para mí y que, además, no sabía por qué, nunca podía cumplir del todo, luego en un segundo mundo, infinitamente alejado del mío, en el que vivías tú, ocupado con el gobierno, con dar órdenes y con la molestia de no obedecerlas, y finalmente en un tercer mundo, en el que las demás personas vivían felices y libres de órdenes y obediencia. Siempre estaba en desgracia, o bien obedecía tus órdenes, lo cual era vergonzoso, porque sólo se aplicaban a mí; o bien era desafiante, lo cual también era vergonzoso, porque cómo podía ser desafiante contigo, o bien no podía obedecer porque, por ejemplo, no tenía tu fuerza, tu apetito o tu destreza, aunque me lo exigieras como algo natural; eso, sin embargo, era la mayor desgracia. No eran mis pensamientos los que se movían así, sino mis sentimientos de niña.

Mi situación en aquel momento puede aclararse si la comparo con la de Félix. Le tratabas de forma similar. Le tratabas de forma parecida e incluso utilizabas contra él una herramienta educativa especialmente espantosa: cuando hacía algo que te parecía poco limpio durante la cena, no te contentabas con decirle, como hacías entonces conmigo, “eres un gran cerdo”, sino que añadías: “un verdadero Hermann” o “igual que tu padre”. Pero tal vez -no se puede decir más que “tal vez”- eso no le haga mucho daño a Félix, porque para él no eres más que un abuelo, aunque especialmente importante, pero no todo lo que eras para mí, y Félix también es un personaje tranquilo, ya de por sí algo masculino, al que una voz atronadora puede tomar por sorpresa, pero no por mucho tiempo, pero sobre todo sólo está relativamente poco tiempo contigo, también está bajo otras influencias, eres más bien algo querido y curioso para él, de lo que puede elegir lo que quiere tomar. Para mí no eras una curiosidad, no podía elegir, tenía que cogerlo todo.

Y sin poder decir nada en contra, porque de entrada no te es posible hablar tranquilamente de algo con lo que no estás de acuerdo o que simplemente no viene de ti; tu temperamento mandón no te lo permite. En los últimos años has explicado esto por tu nerviosismo de corazón; no sé si alguna vez has sido

esencialmente diferente[2], a lo sumo el nerviosismo de corazón es un medio para que ejerzas el gobierno más estrictamente, ya que el pensamiento de ello debe sofocar la última objeción en el otro. Por supuesto, esto no es una acusación, sólo una constatación. “ “No puedes hablar con ella en absoluto, te salta a la cara”” es lo que sueles decir, pero en realidad no salta en absoluto originalmente; confundes la cosa con la persona; la cosa te salta a la cara y decides inmediatamente sin escuchar a la persona; lo que se plantea después sólo puede irritarte más, nunca convencerte. Entonces lo único que se oye de ti es: “ “Haz lo que quieras; eres libre por lo que a mí respecta; ya eres mayor de edad; no tengo ningún consejo que darte”” y todo ello con el espantoso tono ronco de la ira y la condena total, ante el que hoy tiemblo menos que cuando era niña sólo porque el sentimiento de culpa exclusivo de la niña ha sido sustituido en parte por la comprensión de la impotencia de ambos.

La imposibilidad de mantener una conversación tranquila tuvo otra consecuencia muy natural: perdí la capacidad de hablar. De lo contrario, probablemente no me habría convertido en un gran orador, pero habría dominado el lenguaje humano, que suele ser fluido. Pero me prohibiste hablar desde el principio. Tu amenaza: “ ¡Ni una palabra de contradicción!” y tu mano levantada me han acompañado siempre. Delante de ti -eres un excelente orador cuando se trata de tus cosas- desarrollé una forma de hablar entrecortada y tartamuda, que seguía siendo demasiado para ti, y al final me callé, al principio quizá por desafío, luego porque no podía pensar ni hablar delante de ti. Y como tú eras mi verdadero educador, esto repercutió en toda mi vida. Es un extraño error si piensas que nunca cedí ante ti. “ “Siempre todo en contra”” no fue realmente mi principio vital hacia ti, como crees y de lo que me acusas. Al contrario: si te hubiera seguido menos, sin duda habrías sido mucho más feliz conmigo. Por el contrario, todas tus medidas educativas dieron en el clavo; no evité ninguno de tus agarres; tal como soy (aparte de lo básico y de la influencia de la vida, por supuesto) es el resultado de tu educación y de mi obediencia. El hecho de que este resultado te resulte, sin embargo, embarazoso, es más, que inconscientemente te niegues a reconocerlo como el

resultado de tu educación, se debe precisamente a que tu mano y mi material han sido tan ajenos entre sí. Dijiste: “ ¡Ni una palabra de contradicción!” y quisiste acallar las fuerzas opuestas que había en mí y que te resultaban desagradables, pero esta influencia era demasiado fuerte para mí, era demasiado obediente, callaba por completo, me escondía de ti y sólo me atrevía a moverme cuando estaba tan lejos de ti que tu poder, al menos directamente, ya no era suficiente. Pero te pusiste frente a mí y todo volvió a parecer “contra” ti, cuando sólo era una consecuencia natural de tu fuerza y de mi debilidad.

Tus medios oratorios de educación extremadamente eficaces, que nunca fallaban, al menos hacia mí, eran: La regañina, la amenaza, la ironía, la risa malvada y -extrañamente- la autoacusación.

No recuerdo que me insultaras directamente y con palabrotas explícitas. Tampoco era necesario, tenías muchos otros medios, y en las conversaciones en casa y sobre todo en la tienda las palabrotas volaban a mi alrededor en tales cantidades que, como niño pequeño que era, a veces casi me aturdían y no tenía motivos para no referirlas a mí mismo, porque las personas a las que insultabas no eran desde luego peores que yo y tú no estabas desde luego más descontento con ellas que conmigo. Y aquí estaba de nuevo tu enigmática inocencia e inatacabilidad, reñías sin tener ningún reparo en ello, es más, condenabas las reprimendas de los demás y las prohibías.

Reforzabas la regañina con amenazas y eso ahora también iba dirigido a mí. Por ejemplo, eso de “te voy a despedazar como a un pez” me pareció terrible, aunque sabía que después no pasaría nada peor (como niña pequeña no lo sabía), pero casi correspondía a mis ideas de tu poder que tú también hubieras sido capaz de hacerlo. También era terrible cuando corrías alrededor de la mesa gritando para atrapar a alguien, obviamente sin querer atraparlo, pero fingiendo hacerlo, y la madre finalmente parecía salvarte. Una vez más, le parecía al niño, la vida había sido preservada por tu gracia y seguía adelante como tu regalo inmerecido. Las amenazas sobre las consecuencias de la desobediencia también pertenecen a este punto. Si empezaba a hacer algo que no te complacía y me amenazabas con el fracaso, el sobrecogimiento de tu opinión era

tan grande que el fracaso era imparable, aunque quizá sólo fuera para más adelante. Perdí la confianza en mis propios actos. Me sentía inestable, dubitativo. Cuanto mayor me hacía, más material podías echarme en cara para demostrar mi inutilidad; poco a poco, realmente tenías razón en ciertos aspectos. De nuevo, me cuidó de no afirmar que sólo llegué a ser así gracias a ti; tú sólo reforzaste lo que era, pero lo reforzaste mucho porque eras muy poderoso conmigo y utilizaste todo tu poder para ello.

Tenías una confianza especial en la educación a través de la ironía, también correspondía mejor a tu superioridad sobre mí. Una amonestación solía adoptar la siguiente forma: “¿No puedes hacerlo así y así? ¿Es ya demasiado para ti? Claro que no tienes tiempo para eso...” y similares. Cada pregunta de este tipo iba acompañada de una risa desagradable y una cara amarga. En cierto modo, te castigaban antes incluso de que supieras que habías hecho algo mal. También eran provocadoras aquellas reprimendas en las que se te trataba como a una tercera persona, es decir, ni siquiera se te reconocía por hablar mal; en las que se hablaba formalmente a tu madre, por ejemplo, pero en realidad a mí, que estaba allí sentada, por ejemplo: “Por supuesto que eso no te lo puede decir tu hijo” y cosas por el estilo. (Esto se contrarrestaba luego con el hecho de que yo no me atrevía, por ejemplo, y más tarde, por costumbre, ni se me ocurría preguntarte directamente cuando tu madre estaba allí. Era mucho más seguro para el niño preguntar por ti a la madre que estaba sentada a tu lado, así que le preguntabas a la madre: “¿Cómo está el padre?” y así te protegías de las sorpresas). Por supuesto, también había casos en los que estabas muy de acuerdo con la peor ironía, concretamente cuando se trataba de otra persona, por ejemplo Elli, con la que llevaba años enfadado. Para mí era un festín de malicia y schadenfreude cuando ella decía casi en cada comida: “Debe de estar sentada a diez metros de la mesa, la muy loca”, y cuando tú te sentabas entonces airadamente en tu sillón, sin el menor rastro de simpatía o humor, sino como una enemiga acérrima que intentaba imitarla, exagerando lo extremadamente asqueroso que comía para tu gusto. Cuántas veces había que repetir esto y cosas parecidas, qué poco conseguías en realidad. Creo que se debía a

que el esfuerzo de enfadarse y estar enfadado no parecía guardar una proporción real con la cosa en sí, no tenías la sensación de que el enfado se generara por esta nimiedad de sentarte lejos de la mesa, sino que estaba presente en su totalidad desde el principio y sólo se daba la casualidad de que tomaba esto mismo como una ocasión para desatarse. Como estaban convencidos de que en cualquier caso se encontraría una ocasión, no se recompusieron especialmente, ni se embotaron ante la amenaza constante; poco a poco estaban casi seguros de que no les vencerían. Te convertiste en un niño gruñón, desatento y desobediente, siempre buscando una escapatoria, normalmente interna. Así sufriste, así sufrimos. Tenías mucha razón desde tu punto de vista cuando decías amargamente con los dientes apretados y una risa gorgoteante, que por primera vez le había dado al niño ideas infernales (como hiciste hace poco a propósito de una carta de Constantinopla): “ ¡Esto es una sociedad!””

Parecía bastante incompatible con esta actitud hacia tus hijos cuando te quejabas públicamente, lo que ocurría muy a menudo. Confieso que de niña (más tarde) no sentía nada por ello y no entendía cómo podías esperar encontrar simpatía alguna. Eras tan enorme en todos los aspectos, ¿qué podía importarte nuestra compasión o incluso nuestra ayuda? Tenías que despreciarla, como tantas veces hiciste con nosotros. Así que no creí las quejas y busqué alguna intención secreta detrás de ellas. Sólo más tarde me di cuenta de que realmente sufrías mucho por culpa de los niños, pero en aquella época, cuando las quejas aún podían tener una mente infantil, abierta e incuestionable, dispuesta a recibir cualquier ayuda en otras circunstancias, debían de ser sólo medios demasiado obvios de educación y humillación, como tales no muy fuertes en sí mismos, pero con el perjudicial efecto secundario de que el niño se acostumbraba a no tomarse muy en serio cosas que debería haberse tomado en serio.

Afortunadamente, también había excepciones a esto, sobre todo cuando sufrías en silencio y el amor y la bondad vencían y se apoderaban inmediatamente de todo lo que estaba en tu contra. Eso era raro, pero maravilloso. Por ejemplo, cuando te veía dormir un poco al mediodía en los veranos calurosos, después de comer en la



tienda, con el codo apoyado en el escritorio, o cuando venías a nuestro retiro de verano los domingos, agotada; o cuando te aferrabas a la estantería, temblando de llorar, cuando tu madre estaba gravemente enferma; o cuando venías en silencio a verme a la habitación de Ottla durante mi última enfermedad, te quedabas en el umbral, sólo estirabas el cuello para verme en la cama, y sólo me saludabas con la mano por consideración. En esos momentos te tumbabas y llorabas de felicidad y estás llorando de nuevo mientras escribes esto.

También tienes un tipo de sonrisa tranquila, satisfecha y aprobatoria especialmente hermosa y muy poco vista, que puede hacer muy feliz a la persona a la que va dirigida. No recuerdo que me la concedieran específicamente en mi infancia, pero debió de ocurrir, porque por qué habrías de negármela entonces, ya que aún te parecía inocente y era tu gran esperanza. Por cierto, incluso esas impresiones amistosas no consiguieron nada a la larga, salvo aumentar mi sentimiento de culpa y hacer que el mundo me resultara aún más incomprensible.

Prefería atenerme a lo que era real y duradero. Para reafirmarme un poco contra ti, en parte por una especie de venganza, pronto empecé a observar, recopilar y exagerar las pequeñas ridiculeces que notaba en ti. Por ejemplo, cómo te dejabas deslumbrar fácilmente por personas que, por lo general, sólo aparentaban tener un rango superior y podían hablar sin parar de ello, por ejemplo, sobre algún consejo imperial o similar (en cambio, no hacías lo mismo conmigo). Consejo o similar (por otra parte, también me dolía que tú, mi padre, pensaras que necesitabas esas vanas confirmaciones de tu valía y les dieras tanta importancia). O observé tu predilección por las frases indecentes, pronunciadas lo más alto posible, ante las que te reías como si hubieras dicho algo particularmente excelente, cuando no era más que una llana y pequeña indecencia (al mismo tiempo, sin embargo, era también una vergonzosa expresión de tu vitalidad). Hubo, por supuesto, muchas observaciones de este tipo; yo me alegraba de ellas, me daban pie para cuchichear y bromear, tú a veces lo notabas, te molestaba, te parecía malicia, falta de respeto, pero créeme, para mí no era más que un medio incidentalmente inadecuado de

autoconservación, era el tipo de bromas que se hacen sobre dioses y reyes, bromas que no sólo son compatibles con el respeto más profundo, sino que en realidad pertenecen a él.

Por cierto, también intentaste una especie de defensa contra mí, de acuerdo con tu postura similar. Solías señalar lo exageradamente bien que me encontraba y lo bien que me trataban en realidad. Es cierto, pero no creo que me sirviera de mucho en las circunstancias en que me encontraba.

Es cierto que mi madre fue ilimitadamente buena conmigo, pero para mí todo eso estaba en relación contigo, no era una buena relación. Mi madre desempeñó inconscientemente el papel de conductora en la caza. Si, en algún caso improbable, tu educación hubiera podido ponerme en mi sitio creando rebeldía, aversión o incluso odio, mi madre lo compensaba siendo buena, hablando razonablemente (era el arquetipo de la razón en la confusión de la infancia), intercediendo, y yo era conducido de nuevo a tu círculo, del que de otro modo podría haber salido para tu beneficio y el mío. O se daba el caso de que no había reconciliación real, que mi madre se limitaba a protegerme de ti en secreto, me daba algo en secreto, me permitía hacer algo, entonces volvía a ser ante ti el ser tímido como la luz, el engañador, el culpable que, debido a su nada, sólo podía llegar a lo que creía que era su derecho a hurtadillas. Por supuesto, entonces me acostumbré a buscar en esos caminos aquello a lo que yo mismo, en mi opinión, no tenía derecho. Ése fue otro aumento de la conciencia de culpa.

También es cierto que casi nunca me pegabas de verdad. Pero los gritos, el enrojecimiento de tu cara, el desabrocharte apresuradamente los tirantes, el apoyarlos en el respaldo de la silla, era casi peor para mí. Es como cuando alguien está a punto de ser ahorcado. Si le ahorcan de verdad, está muerto y todo ha terminado. Pero si tiene que presenciar todos los preparativos para ser ahorcado y sólo se entera de su indulto cuando la soga está colgando delante de su cara, puede sufrir por ello el resto de su vida. Además, de estas muchas veces en las que, según tu opinión claramente expresada, merecía ser golpeado, pero me había librado por los pelos gracias a tu misericordia, acumulé un gran sentimiento de culpa. Quedé en deuda contigo por todos lados.

Siempre me has reprochado (a solas o delante de otros; no sentías la humillación de estos últimos, los asuntos de tus hijos siempre eran públicos) que viviera en paz, calor y abundancia sin privaciones gracias a tu trabajo. Pienso en comentarios que debieron de hacer literalmente surcos en mi cerebro, como: “ “Ya a los 7 años tenía que atravesar los pueblos en un carro” “” “Todos teníamos que dormir en una habitación” “” “Éramos felices cuando teníamos patatas” “” “Durante años tuve heridas abiertas en las piernas a causa de la ropa de invierno inadecuada” “” “De pequeño tenía que ir a Pisek a la tienda” “” “No recibía nada de casa, ni siquiera en el ejército, aún así enviaba dinero a casa” “” “Pero aun así, aun así: mi padre siempre fue mi padre. ¡Quién lo sabe hoy! ¡Qué saben los niños! ¡Nadie sufrió eso! ¿Lo entiende un niño hoy en día?”” En otras circunstancias, esas historias podrían haber sido una excelente herramienta educativa, podrían haber animado y fortalecido a los niños a superar las mismas penurias y privaciones por las que había pasado su padre. Pero tú no querías eso en absoluto, la situación había cambiado como resultado de tus esfuerzos, no había oportunidad de distinguirse de la forma en que lo habías hecho. Habrías tenido que crear esa oportunidad mediante la violencia y la agitación, habrías tenido que escaparte de casa (suponiendo que tuvieras la determinación y la fuerza para hacerlo y tu madre no hubiera utilizado otros medios para impedirlo). Pero tú no querías nada de eso, lo calificabas de ingratitud, extravagancia, desobediencia, traición, locura. Así que, mientras por un lado me atraías a ello con el ejemplo, la narración y la vergüenza, ¡por otro lado me lo prohibías! Por otra parte, me lo prohibisteis muy estrictamente. De lo contrario, por ejemplo, te habría encantado la aventura de Ottla en Zürau, aparte de las circunstancias. Ella quería ir al país del que tú habías venido, quería trabajo y penurias como tú habías tenido, no quería disfrutar de tu éxito en el trabajo, igual que tú habías sido independiente de tu padre. ¿Eran esas intenciones tan terribles? ¿Tan alejadas de tu ejemplo y de tus enseñanzas? Bueno, las intenciones de Ottla fueron finalmente infructuosas, quizá se llevaron a cabo de forma un tanto ridícula, con demasiado ruido, no mostró suficiente consideración hacia sus padres. Pero ¿fue sólo culpa suya, y no también de las circunstancias y, sobre todo, del

hecho de que estuvieras tan distanciado de ella? ¿Estaba (como intentaste convencerte más tarde) menos distanciado de ti en la tienda que más tarde en Zürau? ¿Y no habrías tenido ciertamente el poder (suponiendo que te hubieras atrevido a hacerlo) de convertir esta aventura en algo muy bueno mediante el estímulo, el consejo y la supervisión, tal vez incluso simplemente tolerándola?

Después de tales experiencias, solías decir en broma amarga que lo estábamos haciendo demasiado bien. Pero, en cierto sentido, esta broma no es una broma. Por lo que tuvisteis que luchar, lo conseguimos de vuestra mano, pero la lucha por la vida exterior, a la que pudisteis acceder inmediatamente y de la que, por supuesto, no nos libramos, tenemos que luchar tarde, con la fuerza de los niños en la madurez. No digo que nuestra situación sea por ello necesariamente menos favorable que la vuestra, probablemente sea igual a la vuestra (aunque las disposiciones básicas no sean comparables), sólo estamos en desventaja en el sentido de que no podemos jactarnos de nuestras penurias y humillar a nadie con ellas, como hicisteis vosotros con vuestras penurias: No niego que me hubiera sido posible disfrutar y utilizar realmente los frutos de tu gran y exitosa obra y seguir trabajando con ellos para tu alegría, pero nuestra alienación se interpuso en el camino. Pude disfrutar de lo que me diste, pero sólo con vergüenza, cansancio, debilidad y sentimiento de culpa. Por eso sólo podía estarte agradecida de forma mendicante por todo, pero no de hecho.

El siguiente resultado externo de toda esta educación fue que huí de todo lo que me recordaba a ti a distancia. En primer lugar, el negocio. De por sí, sobre todo cuando era niña, mientras fuera una tienda de callejón, debería haber estado muy contenta, era tan animada, iluminada por la noche, se podía ver mucho, oír mucho, ayudar aquí y allá, distinguírte, pero sobre todo admirarte en tus grandes dotes comerciales, la forma en que vendías, tratabas a la gente, hacías bromas, eras incansable, conocías la decisión inmediatamente en caso de duda, etc., y cómo eras una buena vendedora. La forma en que empaquetabas o abrías una caja era un espectáculo digno de verse y, en conjunto, no era ciertamente la peor escuela para niños. Pero como poco a poco me fuiste asustando por todas partes y la tienda y tú erais la misma cosa,

tampoco me sentía ya a gusto en la tienda. Cosas que al principio había dado por sentadas allí me atormentaban y avergonzaban, sobre todo el trato que dabas al personal. No sé, tal vez era así en la mayoría de las tiendas (en Assecurazioni Generali, por ejemplo, era muy parecido en mi época, expliqué mi despido al director de allí, no del todo sinceramente, pero tampoco del todo falsamente, diciendo que no soportaba las reprimendas, que por cierto no me afectaban directamente en absoluto; ya era demasiado dolorosamente sensible al respecto desde casa), pero de niña no me importaban las otras tiendas. Pero te oí y te vi gritar, maldecir y montar en cólera en la tienda de una forma que, en mi opinión entonces, no había vuelto a ocurrir en todo el mundo. Y no sólo regañando, sino también con otras intimidaciones. Por ejemplo, la forma en que tirabas del mostrador de un tirón mercancías que no querías que se mezclaran con otras -sólo la insensatez de tu enfado te disculpaba un poco- y el commis tenía que recogerlas. O tu frase constante sobre un commis con una afección pulmonar: “ ¡Que se muera, el perro enfermo!””. Llamabas a los empleados “ enemigos a sueldo””, y lo eran, pero incluso antes de llegar a serlo, tú me parecías su “ enemigo a sueldo””. Fue allí donde aprendí la gran lección de que podías ser injusto; no lo habría notado tan pronto en mí mismo, pues había acumulado demasiadas culpas que te daban la razón; pero según mi opinión infantil, que por supuesto luego se corrigió un poco, pero no demasiado, había extraños que trabajaban para nosotros y tenían que vivir constantemente atemorizados por ti. Por supuesto, exageraba porque supuse sin más que eras tan horrible con ellos como conmigo. Si hubiera sido así, realmente no habrían podido vivir; pero como eran personas adultas con nervios en su mayoría excelentes, se sacudieron la regañina sin ningún esfuerzo y al final te hizo mucho más daño a ti que a ellos. Pero a mí me hacía el negocio desagradable, me recordaba demasiado a mi relación contigo: aparte de tu interés empresarial y aparte de tu imperiosidad, como hombre de negocios ya eras tan superior a todos los que habían aprendido de ti que ninguno de sus logros podía satisfacerte, y tú tenías que estar igualmente eternamente insatisfecho conmigo. Por eso pertencí necesariamente al partido del personal, por cierto también porque no podía entender por miedo

cómo podías insultar así a un desconocido y por eso quería reconciliar de algún modo al personal, que yo creía terriblemente disgustado, contigo, con nuestra familia, por mi propia seguridad. Para ello, ya no bastaba con comportarse de forma ordinaria y decente con el personal, ni siquiera con un comportamiento modesto, sino que tenía que ser humilde, no sólo saludarles primero, sino posiblemente incluso rechazar el contra-saludo. Y si yo, la persona insignificante, les hubiera lamido los pies abajo, aún no habría compensado la forma en que tú, el Señor, te metías con ellos arriba. Esta relación que entablé con mis semejantes aquí tuvo un efecto más allá del negocio y en el futuro (algo parecido, pero no tan peligroso y profundo como el mío, por ejemplo, es la preferencia de Ottilia por relacionarse con la gente pobre, sentarse junto a las criadas, etc., que tanto te molestaba). Al final, casi me daba miedo el negocio y, en cualquier caso, hacía tiempo que había dejado de ser lo mío antes de ir a la escuela de gramática, por lo que me alejé aún más de él. También me parecía bastante inasequible para mis capacidades, ya que, como has dicho, consumía incluso las tuyas. Entonces intentaste (para mí esto es conmovedor y vergonzoso hoy en día) sacar un poco de dulzura para ti de mi aversión tan dolorosa a los negocios y a tu trabajo alegando que carecía de perspicacia para los negocios, que tenía ideas más elevadas en la cabeza y cosas por el estilo. Naturalmente, a mi madre le agradó esta explicación que te impusiste, y yo también, en mi vanidad y angustia, me dejé influir por ella. Pero si realmente hubieran sido sólo o principalmente las “ideas superiores” las que me apartaron de los negocios (que ahora, pero sólo ahora, odio honesta y verdaderamente), habrían tenido que expresarse de otro modo que dejándome nadar tranquila y ansiosamente por la escuela primaria y la facultad de derecho hasta que finalmente acabé en la mesa del funcionario.

Si quería huir de ti, también tenía que huir de mi familia, incluso de mi madre. Siempre podía encontrar protección en ella, pero sólo en relación contigo. Ella te amaba demasiado y te tenía demasiada devoción como para ser un poder espiritual independiente en la lucha del niño a largo plazo. Un verdadero instinto del niño, por cierto, ya que la madre se fue apegando cada vez más a ti a medida

que pasaban los años; aunque siempre, en lo que a ella misma se refería, preservó su independencia dentro de los límites más pequeños de forma bella y delicada y sin ofenderte nunca de forma significativa, sin embargo aceptó tus juicios y condenas relativos a los niños de forma cada vez más completa a lo largo de los años, más por sentimiento que por razón, ciegamente, sobre todo en el caso ciertamente grave de Otlla. Por supuesto, siempre hay que recordar lo angustiosa y agotadora que era la posición de la madre en la familia. Se afanaba en el negocio, en el hogar, sufría doblemente todas las enfermedades de la familia, pero la coronación de todo ello era lo que padecía en su posición intermedia entre nosotros y tú. Siempre fuisteis cariñosos y considerados con ella, pero en este aspecto la perdonasteis tan poco como nosotros a ella. La machacamos sin piedad, vosotros por vuestra parte, nosotros por la nuestra. Era una distracción, no pensábamos en nada malo, sólo pensábamos en la pelea que teníais con nosotros, que teníamos con vosotros, y nos desahogábamos con nuestra madre. Tampoco fue una buena contribución a la educación de los niños la forma en que los atormentabas -sin culpa tuya, por supuesto- por nuestra culpa. Incluso parecía justificar nuestro comportamiento hacia ella, que de otro modo sería injustificable. Lo que ella sufrió de nosotros por vuestra culpa y de vosotros por nuestra culpa, sin contar aquellos casos en los que teníais razón porque ella nos perdonó, aunque ese “ “perdón”” a veces no fuera más que una silenciosa e inconsciente contramanifestación contra vuestro sistema. Por supuesto, mi madre no habría podido soportarlo todo si no hubiera sacado la fuerza para aguantar de su amor por todos nosotros y de la felicidad de este amor.

Las hermanas sólo me acompañaron en parte. Valli era la más feliz en su posición respecto a ti. Más cercana a su madre, también se sometió a ti de forma similar, sin muchos problemas ni daños. Pero tú también la aceptabas más amablemente, precisamente en recuerdo de su madre, aunque en ella hubiera poco de Kafka. Pero quizá eso era justo lo que te convenía; donde no había nada parecido a Kafka, ni siquiera tú podías exigir nada parecido; ni tenías la sensación, como el resto de nosotros, de que aquí se había perdido algo que había que rescatar por la fuerza. Por cierto,

puede que nunca te gustara especialmente Kafka, en la medida en que se expresaba en las mujeres. La relación de Valli contigo podría incluso haberse vuelto más amistosa si los demás no la hubiéramos perturbado un poco. Elli es el único ejemplo de ruptura casi total de tu círculo. Es lo que menos habría esperado de ella en su infancia. Era una niña tan pesada, cansada, tímida, hosca, culpable, demasiado humilde, rencorosa, perezosa, vanidosa, tacaña, que apenas podía mirarla, ni siquiera podía hablarle, me recordaba tanto a mí misma, estaba tan bajo el mismo hechizo de su educación. Su tacañería me resultaba especialmente aborrecible, pues probablemente yo la tenía aún más fuerte. La avaricia es uno de los signos más fiables de una profunda infelicidad; yo estaba tan inseguro de todo que en realidad sólo poseía lo que ya tenía en las manos o en la boca, o al menos lo que estaba en camino de tenerlo, y era precisamente eso lo que ella, que se encontraba en una situación similar, prefería arrebatarme. Pero todo eso cambió cuando se fue de casa muy joven -eso es lo más importante-, se casó, tuvo hijos, se volvió alegre, despreocupada, valiente, generosa, altruista y esperanzada. Es casi increíble cómo no te diste cuenta de este cambio y, en cualquier caso, no lo juzgaste por sus méritos, tan cegado estás por el resentimiento que siempre has tenido contra Elli y que básicamente sigues teniendo, salvo que este resentimiento se ha vuelto mucho menos relevante ahora que Elli ya no vive con nosotros y, además, tu amor por Félix y tu afecto por Karl lo han hecho menos importante. Sólo que Gerti aún tiene que devolvérselo a veces.

Apenas me atrevo a escribir sobre Ottla, sé que pondría en peligro todo el efecto esperado de la carta. En circunstancias normales, es decir, si no se encontrara en una situación especial de angustia o peligro, no sentirías por ella más que odio; tú mismo me has confesado que, en tu opinión, siempre te está causando dolor y problemas a propósito, y mientras tú sufres por su culpa, ella se siente satisfecha y complacida. Una especie de demonio. Qué tremendo distanciamiento, incluso mayor que entre tú y yo, debe haberse producido entre tú y ella para que sea posible tan tremendo error de apreciación. Está tan lejos de ti que ya casi no la ves, pero pones un fantasma en el lugar donde crees que está. Reconozco



que lo pasaste especialmente mal con ella. No acabo de entender lo complicado del caso, pero en cualquier caso aquí había algo parecido a una especie de Löwy, equipado con las mejores armas kafkianas. No hubo una verdadera lucha entre nosotros; yo acabé pronto; lo que quedó fue la huida, la amargura, la pena, la lucha interior. Vosotros dos, sin embargo, siempre estabais en posición de combate, siempre frescos, siempre fuertes. Un espectáculo tan maravilloso como desolador. En primer lugar, sin duda estabais muy unidos, porque incluso hoy Ottla es quizá la representación más pura del matrimonio entre tu madre y tú y de las fuerzas que se combinaron. No sé qué os privó de la felicidad de la armonía entre padre e hijo, sólo puedo suponer que el desarrollo fue similar al mío. De tu lado la tiranía de tu naturaleza, de su lado la rebeldía de Löwy, su sensibilidad, su sentido de la justicia, su inquietud, y todo ello apoyado por la conciencia del poder de Kafka. Ciertamente, yo también influí en ella, pero difícilmente por voluntad propia, sino por el mero hecho de existir. Por cierto, ella fue la última en entrar en un equilibrio de poder ya establecido y pudo formarse su propio juicio a partir de todo el material disponible. Incluso puedo imaginar que vaciló durante un tiempo sobre si debía lanzarse a tu pecho o al de sus adversarios; evidentemente, se te escapó algo entonces y la hiciste retroceder, pero si hubiera sido posible, os habríais convertido en una espléndida pareja en armonía. Yo habría perdido un aliado, pero la visión de vosotros dos me habría compensado ricamente, y tú te habrías vuelto a mi favor por la incalculable felicidad de encontrar plena satisfacción en al menos un hijo. Pero hoy todo esto no es más que un sueño. Ottla no tiene ninguna relación con su padre, debe buscar su propio camino, como yo, y a tus ojos es más malvada y traicionera que yo por la mayor confianza, seguridad en sí misma, salud y despreocupación que tiene en comparación conmigo. Lo comprendo; desde tu punto de vista ella no puede ser diferente. Sí, ella misma es capaz de mirarte con tus ojos, de compadecerse de tu sufrimiento y -no de desesperarse, la desesperación es lo mío- pero sí de estar muy triste por ello. En aparente contradicción con esto, a menudo nos ves juntos, susurramos y reímos, aquí y allá nos oyes mencionarnos. Tienes la impresión de que somos conspiradores

descarados. Extraños conspiradores. Sin embargo, siempre has sido el tema principal de nuestras conversaciones y nuestros pensamientos, pero no estamos sentados juntos para idear algo contra ti, sino para luchar contra este terrible proceso con todos nuestros esfuerzos, con diversión, con seriedad, con amor, desafío, ira, renuencia, rendición, conciencia de culpa, con toda la fuerza de nuestras cabezas y corazones, que se cierne entre vosotros y nosotros, en todos sus detalles, desde todos los lados, en todas las ocasiones, desde lejos y desde cerca, este proceso en el que constantemente pretendéis ser el juez, mientras que sois, al menos en su mayor parte (aquí dejo la puerta abierta a todos los errores que, por supuesto, pueda encontrar), una parte tan débil y cegada como nosotros. Un ejemplo instructivo de vuestro efecto educativo en el contexto del conjunto fue Irma. Por un lado, era una desconocida, entró en tu negocio siendo adulta, trató contigo principalmente como su jefe y, por tanto, sólo estuvo parcialmente expuesta a tu influencia a una edad ya resistente; por otro lado, sin embargo, también era pariente consanguínea, adoraba en ti al hermano de su padre y tenías sobre ella mucho más que el mero poder de un jefe. Y sin embargo, ella, que en su débil cuerpo era tan capaz, inteligente, trabajadora, modesta, digna de confianza, altruista, leal, que te quería como tío y te admiraba como jefe, que demostró su valía en otros puestos antes y después... no fue una funcionaria muy buena para ti. Por supuesto, también fue empujada por nosotros, cerca de ser una niña para ti y el poder de doblez de tu naturaleza seguía siendo tan grande hacia ella que desarrolló (aunque sólo hacia ti y, con suerte, sin el sufrimiento más profundo de la niña) el olvido, la despreocupación, el humor de horca, quizá incluso un poco de desafío, en la medida en que era capaz de ello, con lo cual ni siquiera tengo en cuenta que era enfermiza, tampoco era muy feliz en otros aspectos y pesaba sobre ella una domesticidad desoladora. Para mí, resumiste la riqueza de tu relación con ella en una frase que se ha convertido en clásica para nosotros, casi blasfema, pero que demuestra la inocencia de tu trato con la gente: “ “La piadosa me dejó mucho lío” ”.

Podría describir otros círculos de tu influencia y la lucha contra ella, pero ya me estaría metiendo en la incertidumbre y tendría que

construir, además, que cuanto más te alejas de los negocios y la familia, más amable, complaciente, educado, considerado, participativo (quiero decir: también exteriormente) has sido siempre, igual que puede serlo, por ejemplo, un autócrata. Por ejemplo, incluso un autócrata, una vez que se encuentra fuera de las fronteras de su país, no tiene motivos para ser tiránico, y también puede tratar de buen grado a la gente más baja. De hecho, en las fotos de grupo de Franzensbad, por ejemplo, siempre estabas tan feliz y alegre entre la gente malhumorada, como un rey viajero. Los niños también podrían haberse beneficiado de ello, pero tendrían que haber sido capaces de reconocerlo siendo niños, lo cual era imposible, y a mí, por ejemplo, no me habrías permitido vivir en el círculo más íntimo, estricto y constrictivo de tu influencia, como realmente hice.

No sólo perdí el sentido de la familia como resultado de ello, como tú dices, al contrario, seguí teniendo sentido de la familia, pero principalmente de forma negativa por el (por supuesto interminable) desapego interior hacia ti. Las relaciones con personas ajenas a la familia pueden haber sufrido aún más por tu influencia. Te equivocas definitivamente si crees que hago todo por los demás por amor y lealtad y nada por ti y la familia por frialdad y traición. Te lo repito por décima vez: de lo contrario, probablemente me habría convertido en una persona tímida y tímida, pero de ahí a donde he llegado realmente hay un largo y oscuro camino. [Hasta ahora he ocultado deliberadamente relativamente pocas cosas en esta carta, pero ahora y más adelante tendré que ocultar algunas cosas que aún me resultan demasiado difíciles de admitir (a ti y a mí misma). Digo esto para que si el panorama general se vuelve un poco confuso aquí y allá, no pienses que se debe a la falta de pruebas; al contrario, hay pruebas que podrían hacer que el panorama fuera insoportablemente flagrante. No es fácil encontrar un centro]. Aquí, por cierto, basta con recordar lo anterior: Había perdido la confianza en mí mismo ante ti, a cambio de un ilimitado sentimiento de culpa. (En recuerdo de este sentimiento ilimitado, alguien escribió una vez con acierto: “Teme que la vergüenza le sobreviva”). No pude cambiar de repente cuando conocí a otras personas, sino que me volví aún más profundamente culpable hacia ellas porque, como ya

he dicho, tenía que compensarles por lo que tú les habías hecho bajo mi responsabilidad conjunta en los negocios. Además, tenías objeciones abiertas o secretas hacia todas las personas con las que socializaba, y también tuve que perdonarle por ello. La desconfianza que intentaste inculcarme hacia la mayoría de la gente de los negocios y la familia (nombra a una sola persona que fuera de algún modo importante para mí de niña a la que no criticaras hasta la médula al menos una vez) y que, curiosamente, no te molestaba especialmente (eras lo bastante fuerte como para soportarlo, Además, en realidad quizá sólo era un emblema del gobernante)- esta desconfianza, que no se confirmaba a mis propios ojos en ninguna parte, ya que en todas partes sólo veía personas inalcanzablemente excelentes, se convirtió en mí en una desconfianza hacia mí mismo y en un miedo constante a todo lo demás. Así que ciertamente no podía salvarme de ti en general. Que te equivocaras al respecto quizá se debiera a que en realidad no te enteraste de nada sobre mis relaciones humanas y supusiste sospechosa y celosamente (¿niego que me quieras?) que tenía que compensarme por la pérdida de la vida familiar en otro lugar, ya que me sería imposible vivir igual fuera. Por cierto, todavía tenía cierto consuelo a este respecto, sobre todo en mi infancia, precisamente en mi desconfianza hacia mi juicio; me decía: “Exageras, sientes, como sienten siempre los jóvenes, que las pequeñas cosas son demasiado excepcionales”. Más tarde, sin embargo, casi perdí este consuelo a medida que crecía mi comprensión del mundo.

Encontré tan poca salvación en el judaísmo como tú. La salvación habría sido concebible aquí, o más aún, habría sido concebible que ambos nos hubiéramos encontrado en el judaísmo o que incluso hubiéramos partido de allí de acuerdo. Pero, ¡qué clase de judaísmo recibí de ti! A lo largo de los años, he llegado a él de tres formas distintas.

De niña me reprochaba, de acuerdo contigo, porque no iba lo suficiente al templo, no ayunaba y demás. No pensaba que cometiera una injusticia conmigo mismo, sino contigo, y un sentimiento de culpa, que siempre estaba presente, me recorría.

Más tarde, de joven, no comprendía cómo podías reprocharme la nada de judaísmo que tenías a tu disposición, que yo (por piedad,

como decías) no me esforzara por llevar a cabo una nada similar. Por lo que pude ver, era realmente una nada, una broma, ni siquiera una broma. Ibas al templo cuatro días al año, estabas al menos más cerca de los indiferentes que de los que se lo tomaban en serio, realizabas pacientemente las oraciones como una formalidad, a veces me asombrabas siendo capaz de barajar el pasaje que se recitaba en el libro de oraciones, además, cuando sólo estaba (eso era lo principal) en el templo, se me permitía moverme por donde quisiera. Así que bostezaba y dormitaba durante las muchas horas que pasaba allí (creo que sólo me aburría tanto después en la clase de danza) e intentaba disfrutar de las pocas pequeñas diversiones que había, como cuando se abría el Arca de la Alianza, que siempre me recordaba a las galerías de tiro en las que, si golpeabas una caja negra, se abría la puerta de una caja, salvo que allí siempre salía algo interesante y aquí sólo los viejos muñecos sin cabeza. Por cierto, yo también tenía mucho miedo allí, no sólo de las muchas personas con las que entrabas en estrecho contacto, sino también porque una vez mencionaste de pasada que yo también podría ser llamado a la Torá. Temí por ello durante años. Por lo demás, sin embargo, mi aburrimiento no me perturbaba significativamente, a lo sumo por la Barmizvah, que sólo exigía una memorización ridícula y, por tanto, sólo conducía a un ridículo rendimiento en los exámenes, y luego, en lo que a ti se refería, por pequeños e insignificantes incidentes, por ejemplo, cuando te llamaban a la Torá y sobrevivías bien a este acontecimiento exclusivamente social, en lo que a mí se refería, o cuando te quedabas en el templo para el servicio conmemorativo y a mí me echaban, lo que durante mucho tiempo, al parecer por el hecho de que me echaran y por falta de una participación más profunda, me daba la sensación apenas consciente de que se trataba de algo indecente. - Así era en el templo, en casa era quizá aún más pobre y se limitaba a la primera velada del Seder, que se convertía cada vez más en una comedia con ataques de risa, aunque bajo la influencia de los niños que crecían. (¿Por qué tuviste que someterte a esta influencia? Porque tú la provocaste). Así que ése era el material de creencias que me transmitieron, más como mucho la mano tendida que señalaba a “los hijos del zorro millonario” que estaban en el templo con su

padre en las altas fiestas. No entendía cómo se podía hacer algo mejor con este material que deshacerse de él lo antes posible; deshacerse de él me parecía el acto más reverente.

Más tarde, sin embargo, cambié de opinión y me di cuenta de por qué se te permitía creer que yo también te traicionaba maliciosamente a este respecto. Realmente habías traído contigo algo de judaísmo de la pequeña comunidad del pueblo, parecida a un gueto, no era mucho y se perdió un poco en la ciudad y en el ejército, después de todo, las impresiones y recuerdos de tu juventud apenas eran suficientes para una especie de vida judía, sobre todo porque no necesitabas mucha ayuda de ese tipo, sino que eras de una estirpe muy fuerte y por tu persona difícilmente podían sacudirte las preocupaciones religiosas, si no estaban muy mezcladas con las preocupaciones sociales. Básicamente, la fe que guiaba tu vida era que creías en la corrección incondicional de las opiniones de una determinada clase social judía y, puesto que estas opiniones formaban parte de tu naturaleza, en realidad creías en ti mismo. Todavía había suficiente judaísmo en esto, pero era demasiado poco para transmitirlo al niño, se marchitaba por completo mientras tú lo transmitías. En parte eran las impresiones de tu juventud que no se podían transmitir, en parte tu temida naturaleza. También era imposible hacer comprender a un niño excesivamente observante por pura ansiedad que las pocas inanidades que realizabas en nombre del judaísmo con una indiferencia correspondiente a su inanidad podían tener un significado superior. Para ti tenían un significado como pequeños recuerdos de tiempos pasados y por eso querías transmitírmelas, pero como para ti tampoco tenían ya ningún valor, sólo podías hacerlo mediante la persuasión o la amenaza; por una parte, esto no podía tener éxito y, por otra, como ni siquiera reconocías tu débil posición al respecto, debía de enfadarte mucho conmigo por mi aparente obcecación.

No se trata de un fenómeno aislado, ocurría algo parecido con gran parte de esta generación judía de transición, que emigraba del campo relativamente aún piadoso a las ciudades; eso era evidente, sólo que añadía una suficientemente dolorosa a nuestra relación, a la que no le faltaba agudeza. Por otra parte, deberías creer en tu

culpabilidad en este punto, igual que yo, pero explicar esta culpabilidad por tu naturaleza y las circunstancias de la época, no sólo por circunstancias externas, es decir, no decir que tenías demasiados otros trabajos y preocupaciones como para poder ocuparte de esas cosas. De este modo tiendes a convertir tu indudable irreprochabilidad en una acusación injusta contra los demás. Esto es entonces muy fácil de refutar en todas partes y también aquí. No se trataría de ninguna lección que debieras haber dado a tus hijos, sino de una vida ejemplar; si tu judaísmo hubiera sido más fuerte, tu ejemplo de judaísmo también habría sido más convincente, lo cual, por supuesto y de nuevo, no es en absoluto una acusación, sino sólo una defensa contra tus acusaciones. Hace poco leíste las memorias de juventud de Franklin. Realmente te las di a leer a propósito, pero no, como ironizaste, por un pequeño pasaje sobre el vegetarianismo, sino por la relación entre el autor y su padre, tal como se describe allí, y la relación entre el autor y su hijo, tal como se expresa por sí misma en estas memorias escritas para el hijo. No quiero destacar aquí detalles individuales.

También recibí una cierta confirmación posterior de esta opinión sobre tu judeidad a través de tu comportamiento en los últimos años, cuando te parecía que yo me ocupaba más de cosas judías. Como desde el principio tuviste aversión a cualquiera de mis ocupaciones y especialmente a la forma en que me interesaba, también la tuviste aquí. Pero más allá de eso, cabía esperar que hicieras aquí una pequeña excepción. Al fin y al cabo, era el judaísmo de tu judaísmo lo que se agitaba aquí, y por tanto también la posibilidad de establecer nuevas relaciones entre nosotros. No niego que estas cosas, si hubieras mostrado interés por ellas, podrían haberme hecho sospechar. No se me ocurre afirmar que soy de algún modo mejor que tú a este respecto. Pero nunca se llegó a probar. A través de mi mediación, el judaísmo se volvió aborrecible para ti, los escritos judíos ilegibles, te “repugnaban”. Esto podía significar que insistías en que el judaísmo, tal como me lo habías mostrado en mi infancia, era lo único correcto, que no había nada más allá de él. Pero que insistieras en esto era difícilmente concebible. Pero entonces el “asco” (aparte de que en un principio no iba dirigido contra el judaísmo, sino contra mí

personalmente) sólo podía significar que reconocías inconscientemente la debilidad de tu judaísmo y de mi educación judía, no querías que te lo recordaran de ninguna manera y respondías a todos los recuerdos con un odio abierto. Por cierto, tu estima negativa por mi nuevo judaísmo era muy exagerada; en primer lugar, llevaba tu maldición dentro y, en segundo lugar, la relación fundamental con los semejantes era decisiva para su desarrollo, en mi caso fue fatal.

Tenías más razón en tu aversión hacia mis escritos y lo que, desconocido para ti, estaba relacionado con ellos. En realidad, aquí me había alejado de ti hasta cierto punto, aunque me recordaba un poco al gusano que, pisoteado por un pie por detrás, se libera con su parte delantera y se arrastra hacia un lado. Estaba a salvo hasta cierto punto, respiré aliviada; la aversión que naturalmente sentías por mis escritos era bienvenida aquí por una vez. Mi vanidad y mi ambición sufrían por tu famoso saludo a mis libros: “ ¡Ponlo en la mesilla de noche!””. (normalmente jugabas a las cartas cuando llegaba un libro), pero en el fondo me sentí bien, no sólo por malicia rebelde, no sólo por alegría ante una nueva confirmación de mi punto de vista sobre nuestra relación, sino originalmente porque esa fórmula me sonaba a: “ ¡Ahora eres libre!””. Por supuesto que era un engaño, no era libre o, en el mejor de los casos, aún no lo era. Mi carta trataba de ti, sólo me quejaba de lo que no podía quejarme en tu pecho. Era una despedida deliberadamente prolongada hacia ti, salvo que, aunque forzada por ti, iba en la dirección que yo pretendía. Pero ¡qué poco fue eso! Sólo merece la pena mencionarlo porque ocurrió en mi vida, de lo contrario no se habría notado en absoluto, y también porque dominó mi vida en la infancia como premonición, más tarde como esperanza, e incluso más tarde a menudo como desesperación, y dictó mis pocas pequeñas decisiones -de nuevo en tu forma, si quieres. Por ejemplo, mi elección de profesión. Ciertamente, aquí me diste total libertad a tu manera generosa y, en este sentido, incluso paciente. Sin embargo, también seguiste el trato general de los hijos de la clase media judía, o al menos los juicios de valor de esta clase, lo cual fue decisivo para ti. Por último, también influyó uno de tus malentendidos sobre mí. Siempre me has considerado



especialmente trabajador por orgullo paterno, por ignorancia de mi existencia real, por conclusiones extraídas de mi debilidad. Según tú, de niña siempre estaba aprendiendo y más tarde siempre escribiendo. Eso no es ni remotamente cierto. Más bien, se puede decir con mucha menos exageración que aprendí poco y no adquirí nada; no es muy extraño que algo se me haya pegado en los muchos años con una memoria media y no las peores facultades de comprensión, pero en cualquier caso el resultado global en conocimiento y especialmente en la base del conocimiento es extremadamente miserable en comparación con el gasto de tiempo y dinero en medio de una vida exteriormente despreocupada y tranquila, especialmente en comparación con casi todas las personas que conozco. Es miserable, pero comprensible para mí. Desde que tengo uso de razón, he estado tan profundamente preocupado por la afirmación espiritual de mi existencia que todo lo demás me resultaba indiferente. Los alumnos de la escuela secundaria judía de aquí son un poco extraños, puedes encontrar allí las cosas más inverosímiles, pero mi fría, apenas disimulada, indestructible, infantilmente indefensa, animal y autosatisfecha indiferencia de niño que es suficiente en sí misma pero fríamente fantástica, no la he encontrado en ningún otro sitio, aunque aquí también era la única protección contra la destrucción de mis nervios por el miedo y la culpa. Sólo me preocupaba de mí misma, pero de muchas formas distintas. Por ejemplo, como preocupación por mi salud; empezaba ligeramente, aquí y allá surgía un pequeño temor sobre la digestión, la caída del cabello, una curvatura de la columna vertebral, etc., que aumentaba en innumerables gradaciones, terminando finalmente con una verdadera enfermedad. ¿Qué era todo esto? En realidad no era una enfermedad física. Pero como no estaba seguro de nada, necesitaba a cada momento una nueva confirmación de mi existencia, no tenía nada en mi poder real, incuestionable, único, sólo claramente determinado por mí, en verdad un hijo desheredado, naturalmente también me volví inseguro respecto a lo siguiente, mi propio cuerpo; crecí en altura, pero no sabía qué hacer con ello, la carga era demasiado pesada, mi espalda se torció; apenas me atrevía a moverme o incluso a hacer gimnasia, seguía siendo débil; Me maravillaba de todo lo que

aún tenía a mi disposición como un milagro, como mi buena digestión; eso fue suficiente para que la perdiera y así se despejó el camino hacia toda hipocondría, hasta que la sangre salió de mis pulmones bajo el esfuerzo sobrehumano de querer casarme (hablaré de eso más tarde), en lo que el piso en el Schönbornpalais -que sólo necesitaba porque creía que lo necesitaba para escribir, así que eso también pertenece a esta página- puede haber tenido bastante que ver. Así que nada de esto fue el resultado de un trabajo excesivo, como siempre imaginas. Hubo años en los que pasé más tiempo holgazaneando en el sofá en plena salud que tú en toda tu vida, incluidas todas tus enfermedades. Cuando te dejaba en mis momentos de más trabajo, normalmente era para tumbarme en mi habitación. Mi rendimiento laboral total tanto en la oficina (donde, sin embargo, la pereza no es muy perceptible y, además, se mantenía dentro de unos límites gracias a mi ansiedad) como en casa es minúsculo; si tuvieras una visión general del mismo, te horrorizarías. Probablemente no soy perezosa en absoluto, pero no tenía nada que hacer. Donde vivía, me rechazaban, me condenaban, me machacaban, y escapar a otro lugar me resultaba extremadamente agotador, pero no era trabajo, porque era lo imposible, inalcanzable para mis fuerzas, salvo contadas excepciones.

En este estado, se me dio la libertad de elegir mi profesión. Pero, ¿seguía siendo capaz de utilizar realmente esa libertad? ¿Seguía creyendo que podía alcanzar una verdadera profesión? Mi autoevaluación dependía mucho más de ti que de cualquier otra cosa, como el éxito externo. Era el fortalecimiento de un momento, nada más, pero por otro lado, tu peso siempre me tiraba mucho más hacia abajo. Pensaba que nunca superaría el primer curso de primaria, pero lo conseguí, incluso obtuve una bonificación; pero seguro que no aprobaría el examen de acceso a la escuela de gramática, pero lo conseguí; pero ahora fracasaría definitivamente en el primer curso de la escuela de gramática, no, no fracasé y cada vez lo conseguí más. Al contrario, siempre estuve convencido -y en tu expresión despectiva tenía literalmente la prueba de ello- de que cuanto más triunfara, peor acabaría. A menudo veía en mi mente la terrible reunión de los profesores (el Gimnasio es sólo el ejemplo

más uniforme, pero era similar en todas partes a mi alrededor), cómo se reunirían, cuando yo hubiera superado la Prima, es decir, en la Sekunda, cuando hubiera superado ésta, es decir, en la Tertia, etc., para realizar este sueño único, celestial. se reunirían para examinar este caso singularmente flagrante de cómo yo, el más incompetente y en cualquier caso el más ignorante, había conseguido colarme en esta clase, que, ahora que la atención general se centraba en mí, por supuesto me escupiría inmediatamente, para júbilo de todos los justos liberados de esta pesadilla. Vivir con tales nociones no es fácil para un niño. ¿Qué me importaban las lecciones en estas circunstancias? ¿Quién era capaz de sacarme una chispa de simpatía? Me interesaban las lecciones, y no sólo las lecciones, sino todo lo que me rodeaba en aquella edad crucial, del mismo modo que a un defraudador bancario que sigue en su puesto de trabajo y tiembla ante la perspectiva de ser descubierto le interesan los pequeños asuntos bancarios cotidianos que aún tiene que hacer como funcionario. Todo era tan pequeño, tan distante de lo principal. Luego continuó hasta el bachillerato, que en realidad sólo superé en parte por mareo, y entonces cesó, ahora era libre. Aunque en el instituto me habían obligado a concentrarme sólo en mí misma, ahora era libre. Así que no tenía verdadera libertad para elegir una carrera, sabía que todo me resultaría tan indiferente como todas las asignaturas que me enseñaban en la escuela de gramática, así que era cuestión de encontrar una profesión que me permitiera ser lo más indiferente posible sin ofender demasiado mi vanidad. Así que Jus era la elección obvia. Pequeños intentos contrarios a la vanidad, de esperanza sin sentido, como estudiar química durante 14 días y alemán durante seis meses, no hicieron sino reforzar esta convicción básica. Así que estudié Derecho. Esto significaba que, en los pocos meses que faltaban para los exámenes, me alimentaba mentalmente, literalmente, de harina de madera, que, además, ya había sido masticada por miles de bocas. Pero en cierto sentido lo disfruté, igual que había disfrutado en la escuela primaria y más tarde en la administración pública, porque todo se adaptaba perfectamente a mi situación. En cualquier caso, mostré una previsión asombrosa en este aspecto; ya de pequeño tenía bastantes presentimientos claros

respecto a mis estudios y mi carrera. No esperaba que me rescataran de aquí, hacía tiempo que me había rendido.

Sin embargo, no mostré casi ninguna previsión con respecto al significado y la posibilidad del matrimonio para mí; este mayor horror de mi vida hasta la fecha me sobrevino de forma casi totalmente inesperada. El niño se había desarrollado tan lentamente, que estas cosas eran exteriormente demasiado remotas para él, aquí y allá surgía la necesidad de pensar en ellas; pero que aquí se estaba preparando una prueba duradera, decisiva e incluso la más amarga, no era reconocible. En realidad, sin embargo, los intentos de matrimonio fueron el mayor y más esperanzador intento de escapar de ti, pero el fracaso fue correspondientemente grande.

Temo que, como todo en este terreno fracasa para mí, tampoco podré hacerte comprender estos intentos de matrimonio. Y, sin embargo, el éxito de toda la carta depende de ello, porque, por un lado, estos intentos reunieron todas las fuerzas positivas que tenía a mi disposición y, por otro, todas las fuerzas negativas que describí como resultado de tu educación, es decir, la debilidad, la falta de confianza en ti misma y el sentimiento de culpa, se reunieron aquí casi con rabia y trazaron literalmente un cordón entre el matrimonio y yo. La explicación también será difícil para mí, porque he pensado y escarbado en todo lo que hay aquí durante tantos días y noches que incluso el hecho de verlo ahora me confunde. La explicación sólo me resultará más fácil por tu, en mi opinión, completo malentendido del asunto; mejorar un poco un malentendido tan completo no parece excesivamente difícil.

En primer lugar, sitúas el fracaso de los matrimonios en la línea de mis otros fracasos; no tendría nada en contra de ello en sí mismo, siempre que aceptes mi explicación anterior del fracaso. En efecto, está en esta serie, sólo que tú subestimas la importancia del asunto y lo subestimas hasta tal punto que cuando hablamos juntos de ello en realidad estamos hablando de cosas muy distintas. Me atrevo a decir que en toda tu vida no te ha ocurrido nada que haya tenido tanta importancia para ti como los intentos de matrimonio han tenido para mí. Con ello no quiero decir que no hayas experimentado nada tan significativo en ti misma, al contrario, tu vida ha sido mucho más rica y agitada que la mía, pero precisamente por eso no te ha

ocurrido nada parecido. Es como si una persona tiene que subir cinco escalones bajos y una segunda persona sólo un escalón, pero es tan alto como esos cinco juntos; la primera persona no sólo habrá subido los cinco, sino cientos y miles más, habrá llevado una vida grande y muy esforzada, pero ninguno de los escalones que haya subido habrá tenido para ella tanta importancia como para la segunda persona ese primer escalón alto, imposible de subir con todas sus fuerzas, al que no puede llegar y más allá del cual, por supuesto, no puede llegar.

Casarse, fundar una familia, aceptar a todos los niños que quieran venir, mantenerlos en este mundo incierto e incluso dirigirlos un poco es, en mi opinión, lo máximo que una persona puede conseguir. El hecho de que tantos parezcan tener éxito fácilmente no es prueba de lo contrario, porque, en primer lugar, no son muchos los que realmente lo consiguen y, en segundo lugar, estos no muchos no suelen “hacerlo”, sino que simplemente les sucede; puede que esto no sea lo máximo, pero sigue siendo muy grande y muy honorable (sobre todo porque “hacer” y “suceder” no pueden separarse puramente el uno del otro). Y, por último, no se trata en absoluto de este máximo, sino sólo de una aproximación lejana pero decente; no es necesario volar hasta el centro del sol, sino arrastrarse hasta un lugar limpio de la tierra donde a veces brille el sol y uno pueda calentarse un poco.

¿Cómo estaba preparada para esto? Tan mal como era posible. Eso ya está claro por lo que he dicho hasta ahora. Pero en la medida en que hay una preparación directa del individuo y una creación directa de las condiciones básicas generales, no has intervenido mucho externamente. Tampoco es posible hacerlo de otro modo; aquí las costumbres sexuales generales de clase, pueblo y época son decisivas. Sin embargo, ahí también has intervenido, no mucho, porque el requisito previo para tal intervención sólo puede ser una fuerte confianza mutua y ambos carecíamos de ella hace mucho tiempo, en el momento crucial, y no muy felizmente, porque nuestras necesidades eran muy diferentes; lo que me atrapa a mí apenas necesita tocarte a ti y viceversa, lo que es inocencia contigo puede ser culpa conmigo y viceversa, lo que queda sin consecuencias contigo puede ser la tapa de mi ataúd.

Recuerdo que una vez por la tarde salí a dar un paseo contigo y con mamá, fue en Josefsplatz, cerca del actual Länderbank, y empecé a hablar de cosas interesantes de una forma estúpidamente terca, superior, orgullosa, fría (eso era falso), fría (eso era real) y tartamuda, como solía hacer cuando hablaba contigo, reprochándote el hecho de que me hubieran dejado sin instrucción, de que mis compañeros de clase hubieran tenido que ocuparse de mí primero, que había estado cerca de grandes peligros (aquí mentí descaradamente, como es mi costumbre, para demostrar mi valentía, porque debido a mi ansiedad no tenía una idea más precisa de los “grandes peligros” aparte de los pecados habituales de los niños de ciudad a la hora de dormir), pero al final insinué que afortunadamente ya lo sabía todo, que ya no necesitaba ningún consejo y que todo iba bien. De todos modos, empecé a hablar de ello principalmente porque me apetecía al menos hablar de ello, luego también por curiosidad y finalmente también para vengarme de ti de algún modo por algo. Te lo tomaste con mucha sencillez, de acuerdo con tu naturaleza, sólo dijiste, por ejemplo, que podías darme consejos sobre cómo podía hacer estas cosas sin peligro. Tal vez sólo quería provocar una respuesta así, pues correspondía a la lujuria de un niño sobrealimentado de carne y de todas las cosas buenas, físicamente ocioso, eternamente preocupado de sí mismo, pero mi vergüenza exterior estaba tan herida por ello, o creía que debía estarlo, que ya no podía hablarte de ello en contra de mi voluntad y rompí descaradamente la conversación.

No es fácil juzgar tu respuesta de entonces, por una parte tiene algo de postrantemente abierta, en cierto sentido primitiva, pero por otra, en lo que se refiere a la doctrina en sí, es muy moderna e incuestionable. No sé qué edad tenía entonces, seguramente no mucho más de 16 años. Pero fue una respuesta muy extraña para un muchacho como yo, y la distancia que nos separaba también se refleja en el hecho de que, en realidad, ésta fue la primera enseñanza directa, que abarcaba toda mi vida, que recibí de ti. Pero su significado real, que ya había calado en mí en aquel momento, pero del que sólo me di cuenta a medias mucho más tarde, era el siguiente: lo que me aconsejaste que hiciera era, en tu opinión e incluso en la mía en aquel momento, lo más sucio que había. El

hecho de que quisieras asegurarte de que no me llevara físicamente nada de esa suciedad a casa era irrelevante, pues sólo te protegías a ti mismo, a tu casa. Lo principal era más bien que te mantuvieras al margen de tu consejo, un marido, un hombre puro, por encima de estas cosas; probablemente esto se agravó para mí en aquel momento por el hecho de que el matrimonio también me parecía desvergonzado y, por tanto, me resultaba imposible aplicar a mis padres lo que en general había oído sobre el matrimonio. Esto te hizo aún más pura, te elevó aún más. La idea de que pudieras haberte dado consejos similares antes de casarte me resultaba completamente impensable. Así que casi no quedaba ningún resto de suciedad terrenal en ti. Y me empujaste a esa suciedad con unas palabras francas, como si estuviera destinada a ello. De modo que si el mundo consistía sólo en ti y en mí, una idea que estaba muy cerca de mi corazón, entonces esta pureza del mundo terminaba contigo y la suciedad empezaba conmigo en virtud de tu consejo. En sí mismo era incomprensible que me condenaras así, sólo la vieja culpa y el más profundo desprecio por tu parte podían explicármelo. Y así, una vez más, fui tocada en lo más íntimo de mi ser, y muy duramente.

Aquí es quizá donde se hace más evidente la culpabilidad de ambos. A. da a B. algunos consejos francos que corresponden a su visión de la vida, que no es muy agradable, pero que sigue siendo bastante común en la ciudad hoy en día y puede evitar daños a su salud. Este consejo no es muy fortalecedor moralmente para B., pero por qué no va a poder salir del daño con el paso de los años; por cierto, no tiene por qué seguir el consejo y, en cualquier caso, el consejo por sí solo no es motivo para que todo el mundo futuro de B. se derrumbe. Y sin embargo, algo así ocurre, pero sólo porque A. Tú eres tú y B. Yo soy yo.

También puedo comprender especialmente bien esta desvergüenza mutua porque un enfrentamiento similar entre nosotros volvió a ocurrir unos 20 años más tarde en circunstancias completamente distintas, un hecho horrible, pero en sí mismo mucho menos perjudicial, porque ¿dónde había algo de mí a los 36 años que aún pudiera ser perjudicado? Me refiero a una pequeña conversación en uno de los pocos días agitados tras el anuncio de

mi última intención de casarme. Me dijiste algo así como: “Probablemente se puso alguna blusa elegante, tal como lo entienden las mujeres judías de Praga, y entonces, por supuesto, decidiste casarte con ella”. Y lo antes posible, en una semana, mañana, hoy. No te entiendo, eres adulto, estás en la ciudad y no tienes otro consejo que casarte con alguien que te gusta. ¿No hay otras opciones? Si tienes miedo de eso, yo misma me iré contigo”. Hablaste con más detalle y más claridad, pero ya no recuerdo los detalles, tal vez se me nublaron un poco los ojos, casi me interesaba más la madre, cómo ella, aunque estaba completamente de acuerdo contigo, al menos cogió algo de la mesa y salió de la habitación con ello.

Difícilmente podrías haberme humillado más con palabras y nunca me mostraste más claramente tu desprecio. Cuando me hablaste de forma similar hace 20 años, tus ojos podrían incluso haber mostrado cierto respeto por el precoz chico de ciudad que, en tu opinión, podía introducirse en la vida sin rodeos. Hoy, este respeto sólo podría aumentar tu desprecio, porque el chico que empezó entonces se quedó atascado en ella y hoy no te parece más rico en experiencia, sólo 20 años más desgraciado. Mi decisión a favor de una chica no significó nada para ti. Siempre habías reprimido (inconscientemente) mi poder de decisión y ahora (inconscientemente) pensabas que sabías lo que valía. No sabías nada de mis intentos de salvarme en otras direcciones, así que no podías saber nada de los pensamientos que me habían llevado a este intento de matrimonio, tenías que intentar adivinarlos y, según el juicio general que tenías de mí, hacías las conjeturas más despreciables, estúpidas y ridículas. Y no dudaste ni un momento en decírmelo de la misma manera. El deshonor que me hiciste no fue nada comparado con el que pensaste que yo haría a tu nombre al casarme contigo.

Ahora puedes responderme muchas cosas sobre mis intentos de matrimonio, y lo has hecho: no podías tener mucho respeto por mi decisión si había roto dos veces el compromiso con F. y lo había retomado otras dos, si os había arrastrado a ti y a tu madre a Berlín para el compromiso en vano, etc. Todo esto es cierto, pero ¿cómo ocurrió?



La idea básica de ambos intentos de matrimonio era bastante correcta: formar un hogar, independizarse. Una idea que te gusta, salvo que en realidad resulta como el juego de los niños en el que uno coge la mano del otro e incluso la aprieta, gritando: “ “Oh, vete, vete, ¿por qué no te vas?””. En nuestro caso, sin embargo, esto se complica por el hecho de que siempre has querido decir honestamente el “ “¡por qué no te vas!””, porque también siempre me has sujetado, o más correctamente sujetado, sin darte cuenta, sólo en virtud de tu naturaleza.

Ambas chicas fueron elegidas por casualidad, pero extraordinariamente bien. Otra señal de tu total incomprensión es que puedas creer que yo, la tímida, vacilante y desconfiada, me decidiría por el matrimonio de un plumazo, por ejemplo por deleitarme con una blusa. Al contrario, ambos matrimonios habrían sido matrimonios de conveniencia, hasta el punto de que esto significa que día y noche, la primera vez años, la segunda meses, toda mi fuerza pensante se canalizó en el plan.

Ninguna de las dos me decepcionó, sólo yo las decepcioné a ambas. Mi juicio sobre ellas hoy es exactamente el mismo que tenía cuando quise casarme con ellas.

No es que ignorara las experiencias del primer matrimonio cuando volví a intentarlo, que fuera imprudente. Los casos eran muy diferentes, y fueron las experiencias anteriores las que me dieron esperanzas en el segundo caso, que era mucho más prometedor. No quiero hablar aquí de casos individuales.

Entonces, ¿por qué no me casé? Había obstáculos individuales, como los hay en todas partes, pero la vida consiste en superar esos obstáculos. El principal obstáculo, sin embargo, fue que obviamente soy mentalmente incapaz de casarme. Esto se manifiesta en el hecho de que, desde el momento en que decido casarme, ya no puedo dormir, la cabeza me arde día y noche, ya no hay vida, me balanceo desesperada. En realidad no son las preocupaciones las que causan esto, aunque hay innumerables preocupaciones en consonancia con mi pesadez y pedertería, pero no son el factor decisivo, completan el trabajo sobre el cadáver como gusanos, sino que me afectan decisivamente otras cosas. Es la presión general del miedo, de la debilidad, del desprecio de uno mismo.

Intentaré explicarlo con más detalle: Aquí, en mi intento de casarme contigo, dos cosas aparentemente contradictorias se unen con más fuerza que en ninguna otra parte. El matrimonio es, sin duda, la garantía de la mayor autoliberación e independencia. Tendría una familia, lo más elevado que se puede conseguir en mi opinión, por tanto también lo más elevado que tú has conseguido, sería tu igual, toda la vergüenza y la tiranía antiguas y eternamente nuevas serían simplemente historia. Sería un cuento de hadas, pero eso es lo dudoso. Es demasiado, no se puede conseguir tanto. Es como si alguien estuviera encarcelado y no sólo tuviera la intención de escapar, lo cual podría lograrse, sino también la intención de convertir la prisión en un palacio de placer para sí mismo. Pero si huye, no puede reconstruir y si reconstruye, no puede huir. Si quiero independizarme en la relación especial e infeliz en la que me encuentro contigo, debo hacer algo que tenga la menor relación posible contigo; el matrimonio es, en efecto, lo más grande y lo que da la independencia más honorable, pero al mismo tiempo también es lo que tiene una relación más estrecha contigo. Querer salirse de él es, por tanto, algo de locos y todo intento es casi castigado con ello.

Es precisamente esta estrecha relación lo que en parte me tienta a casarme. Creo que esta igualdad que entonces se desarrollaría entre nosotros y que tú podrías comprender como nadie es tan hermosa, porque entonces yo podría ser un hijo libre, agradecido, intachable y recto, y tú podrías ser un padre sin presiones, sin tiranía, compasivo y satisfecho. Pero para ello habría que deshacer todo lo ocurrido, es decir, anularnos a nosotros mismos.

Pero tal como somos, el matrimonio me está vedado porque es vuestro propio territorio. A veces me imagino el mapa de la tierra extendido y a ti extendido por él. Y entonces me parece como si sólo pudieran considerarse para mi vida las zonas que tú no cubres o que no están a tu alcance. Y según la idea que tengo de Tu grandeza, no son muchas ni muy reconfortantes esas áreas, y el matrimonio en particular no es una de ellas.

Sólo esta comparación demuestra que no estoy sugiriendo en absoluto que me hayas expulsado del matrimonio con tu ejemplo, igual que me has expulsado de los negocios. Al contrario, a pesar

de las lejanas similitudes. En tu matrimonio, tuve un matrimonio ejemplar en muchos aspectos, ejemplar en cuanto a fidelidad, ayuda mutua, número de hijos, e incluso cuando los hijos crecieron y perturbaron cada vez más la paz, el matrimonio como tal no se vio afectado. Quizá fue precisamente este ejemplo el que formó mi elevado concepto del matrimonio; había otras razones por las que el deseo de casarse era impotente. Radicaban en tu relación con los hijos, que es de lo que trata toda la carta.

Existe la opinión de que el miedo al matrimonio proviene a veces del temor a que los hijos te paguen más tarde por lo que tú mismo has pecado contra tus propios padres. No creo que eso tenga mucha importancia en mi caso, porque mi sentimiento de culpa en realidad procede de ti y también está demasiado impregnado de su singularidad, de hecho este sentimiento de singularidad forma parte de su naturaleza agónica, una repetición es impensable. Al fin y al cabo, tengo que decir que un hijo tan mudo, apagado, seco y descompuesto me resultaría insoportable, probablemente huiría de él si no hubiera otra opción, emigraría, como tú quisiste hacer primero a causa de mi matrimonio. Así que también puede influir mi incapacidad para casarme.

Pero mucho más importante es el miedo para mí. Tienes que comprenderlo: Ya he indicado que he hecho pequeños intentos de independencia y evasión en mi escritura y todo lo que conlleva, con un éxito mínimo; difícilmente irán más allá, muchas cosas me lo confirman. Sin embargo, es mi deber, o más bien es mi vida, velar por ellos, no dejar que les alcance ningún peligro que yo pueda alejar, es más, no dejar que les alcance ninguna posibilidad de tal peligro. El matrimonio es la posibilidad de tal peligro, pero también la posibilidad de la mayor promoción, pero me basta con que sea la posibilidad de un peligro. ¡Qué haría yo si después de todo fuera un peligro! ¿Cómo podría seguir viviendo en el matrimonio ante la sensación quizá indemostrable, pero en cualquier caso irrefutable, de ese peligro? Puedo vacilar ante esto, pero el resultado final es seguro, tengo que prescindir. La comparación entre el gorrión en mi mano y la paloma en el tejado sólo es remotamente apropiada en este caso. No tengo nada en la mano, todo está en el tejado y, sin embargo, tengo que elegir nada, según decidan las circunstancias

de la batalla y la necesidad de la vida. Tuve que hacer una elección similar al elegir una carrera.

Sin embargo, el obstáculo más importante para el matrimonio es la convicción ya inerradicable de que todo lo que he reconocido en ti es necesario para la conservación de la familia e incluso para su dirección, es decir, todo junto, bueno y malo, tal como está unido orgánicamente en ti, es decir, la fuerza y la burla del otro, la salud y cierta intemperancia, la elocuencia y la ineptitud, la confianza en uno mismo y la insatisfacción con los demás, la superioridad mundana y la tiranía, el conocimiento de la naturaleza humana y la desconfianza hacia la mayoría de la gente, luego también ventajas sin desventaja alguna como la diligencia, la perseverancia, la presencia de ánimo, la intrepidez. En comparación, yo no tenía casi nada o muy poco de todo esto, y por eso quise atreverme a casarme, cuando veía que incluso tú tenías dificultades en el matrimonio e incluso fracasabas con tus hijos? Por supuesto, no me hice esta pregunta explícitamente y no la respondí explícitamente, pues de lo contrario el pensamiento ordinario se habría apoderado de mí y me habría mostrado a otros hombres diferentes a ti (por nombrar a un hombre muy diferente a ti: el tío Richard) y que, sin embargo, se casaron y al menos no se derrumbaron ante ello, lo cual ya es mucho y habría sido suficiente para mí. Pero no me hice esta pregunta, la experimenté desde la infancia. No me puse a prueba primero ante el matrimonio, sino ante cada pequeña cosa; ante cada pequeña cosa me convenciste de mi incapacidad con tu ejemplo y con tu educación, como he intentado describirla, y lo que era correcto sobre cada pequeña cosa y te daba la razón, por supuesto tenía que ser escandalosamente correcto antes de la cosa más grande, es decir, antes del matrimonio. Hasta que intenté casarme, crecí como un hombre de negocios que vive al día con preocupaciones y malos presentimientos, pero sin una contabilidad precisa. Tiene unos pocos pequeños beneficios, que aprecia constantemente y exagera en su mente debido a su rareza, y por lo demás sólo pérdidas diarias. Todo se anota, pero nunca se equilibra. Ahora llega la obligación de cuadrar las cuentas, es decir, el intento de matrimonio. Y con las grandes sumas que hay que contabilizar

aquí, es como si nunca hubiera habido el más mínimo beneficio, todo es una gran deuda. ¡Y ahora cástate sin volverte loco!

Así es como ha terminado hasta ahora mi vida contigo, y tiene tantas perspectivas para el futuro.

Podrías responderme, cuando te des cuenta de la razón del miedo que te tengo: “ “Afirmas que me lo pongo fácil cuando explico mi relación contigo simplemente por tu culpa, pero creo que, a pesar de los esfuerzos externos, al menos no te lo pones más difícil, sino mucho más provechoso. Al principio, tú también rechazas cualquier culpa y responsabilidad por tu parte, por lo que nuestro procedimiento es el mismo. Pero mientras yo te atribuyo entonces tan abiertamente como quiero la culpa exclusiva, tú quieres ser “ “demasiado inteligente”” y “ “demasiado tierno”” al mismo tiempo y también absolverme de toda culpa. Por supuesto, sólo parece tener éxito en esto último (es lo único que quieres) y a pesar de todas las “ “frases hechas”” de esencia y naturaleza y oposición e impotencia, se desprende entre líneas que yo fui en realidad el agresor, mientras que todo lo que tú hiciste fue sólo en defensa propia. Así que ahora ya has conseguido bastante con tu falta de sinceridad, porque has demostrado tres cosas, en primer lugar que eres inocente, en segundo lugar que yo soy culpable y en tercer lugar que por pura magnificencia estás dispuesto no sólo a perdonarme, sino, lo que es más y menos, también a demostrar y querer creer tú mismo que yo también soy inocente, aunque en contra de la verdad. Eso podría bastarte ahora, pero aún no es suficiente para ti. Se te ha metido en la cabeza querer vivir enteramente de mí. Admito que estamos luchando entre nosotros, pero hay dos tipos de lucha. La lucha caballeresca, en la que las fuerzas de los oponentes independientes se miden entre sí, cada uno se queda para sí, pierde para sí, gana para sí. Y la lucha de las alimañas, que no sólo pican, sino que también chupan sangre para mantenerse. Ese es el verdadero soldado profesional y ese eres tú. No eres apto para la vida, pero para poder estar cómodo, despreocupado y sin autorreproches, demuestras que te he quitado toda tu vitalidad y me la he metido en los bolsillos. Qué te importa ahora si no eres apto para la vida, yo tengo la responsabilidad, pero tú te estiras tranquilamente y dejas que te arrastre por la vida, física y mentalmente. Un ejemplo:

Cuando quisiste casarte la última vez, querías, como admites en esta carta, no casarte al mismo tiempo, pero para no tener que esforzarte, querías que te ayudara a no casarte prohibiéndote casarte por la “deshonra” que el matrimonio acarrearía a mi nombre. Pero eso no se me ocurrió en absoluto. En primer lugar, nunca quise “obstaculizar tu felicidad” ni aquí ni en ningún otro sitio, y en segundo lugar, nunca quiero oír semejante reproche de mi hijo. Pero, ¿me ayudó en algo la autoconquista con la que te di la libertad de casarte? En absoluto. Mi aversión al matrimonio no lo habría impedido; al contrario, habría sido un incentivo aún mayor para que te casaras con la chica, porque el “intento de fuga”, como tú dices, habría sido más completo. Y mi permiso para casarte no impidió tus reproches, porque demuestras que yo tengo la culpa definitiva de que no te hayas casado. En el fondo, sin embargo, aquí y en todo lo demás no me has demostrado otra cosa que todas mis acusaciones estaban justificadas y que entre ellas aún faltaba una acusación especialmente justificada, a saber, la acusación de falta de sinceridad, de servir a los demás, de parasitismo. Si no me equivoco mucho, tú también me estás parasitando con esta carta como tal.

A esto respondo que, en primer lugar, toda esta objeción, que también puede volverse en parte contra ti, no procede de ti, sino de mí. Ni siquiera tu desconfianza hacia los demás es tan grande como mi propia desconfianza, a la que me has llevado. No niego cierta legitimidad a la objeción, que en sí misma contribuye a caracterizar nuestra relación. Por supuesto, las cosas no pueden encajar realmente como las pruebas de mi carta, la vida es algo más que un juego de paciencia; pero con la corrección que resulta de esta objeción, corrección en la que no puedo ni quiero entrar en detalles, en mi opinión se ha conseguido algo tan cercano a la verdad que puede tranquilizarnos un poco a ambos y hacernos más fáciles la vida y la muerte.

Franz

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE  
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA  
WEB**

1. [Carta al padre - Franz Kafka](#)
2. [Carta al padre](#)
  1. [Franz Kafka](#)